

triotista que Scanderbeg, el aventurero húngaro tuvo la suerte que todos los Coriolanos á quienes la desesperacion impele hasta el extremo de pelear contra los de su raza; recibió un imperio precario de mano extranjera, y lo perdió con su retirada. Acabó sus dias desterrado en Nicomedia, y sus mismas cenizas no hallaron hospitalidad sino en la tierra de los enemigos de su Dios y de su patria.

IX

Pero en el momento en que meditaba la ejecucion de los planes de los dos Kiuperli sobre Viena, Tekeli, proclamado ya rey de los húngaros, y señor de la Transilvania, flanqueaba con un ejército de sesenta mil caballos las tropas del bajá de Ofen, dispuesto á unirse á los turcos y á los tártaros, á quien la Puerta habia convocado ya en las llanuras de Pesth. El nuevo rey de los húngaros, bajo el título de rey de los cruzes, los bajás de Rumelia, de Temeswar, de Erlau, el príncipe de Transilvania, Apafy, diez y ocho regimientos de genizaros, enjambres de ginetes spahis se apoderaban juntos de la fortaleza de Fulek,

y apilaban miles de prisioneros en pozos abiertos de antemano para que sirvieran de cárcel ó sepulcro á los partidarios de Leopoldo.

El conde Kohary, noble húngaro, condenado á este suplicio por Tekeli, lo apostrofó al bajar á él con el valor de un patriota y de un creyente que no quiere por ningun precio, ni aun por el de la libertad civil, vender su religion ni su pueblo.

« Prefiero esas tinieblas, » dijo al pasar encadenado por delante de Tekeli, « á ver la corona de « Hungria colocada por mano de infieles en la frente « de un traidor que se ha hecho esclavo por ser rey. »

X

Tales actos de hostilidad ántes de la declaracion de guerra, eran habituales en Hungria entre los otomanos y los súbditos del imperio de Alemania. Aun se negociaba en Constantinopla cuando ya se combatia en el Danubio. El conde Caprara, embajador de Leopoldo, seguido por un cortejo numeroso y portador de ricos presentes, conferenciaba acerca de la forma con el reis-effendi, ministro de relaciones

exteriores. Estas conferencias, envenenadas por una parte con las exigencias de Kara-Mustafá, que reclamaba tributos antiguos y cesiones inadmisibles de provincias y de fortalezas, por la otra, por los agentes de Tekeli, de Apafy y de los enviados de Transilvania, interesados en una guerra irreconciliable que protegía su independencia, consumieron inútilmente días y días. Los preparativos inmensos de esta campaña se ejecutaban en Constantinopla á los ojos de Caprara y de su séquito. El embajador, despedido por el gran visir, no tardó en tomar el camino de Viena.

El ejército de doscientos veinte mil hombres, aguerridos en las campañas de Candia, de Bagdad y de Persia, al mando de los Kiuperli, acampaba ya bajo sus tiendas en la llanura de Daud-bajá, en aquel campo de Marte de los otomanos, á las puertas de Constantinopla, por la parte de Europa. El sultan debía acompañarlo hasta su residencia de Andrinópolis. El gran Soliman no habia desplegado mas pompa real y militar al comenzar sus memorables expediciones contra la Germania ó contra la Persia.

Las relaciones del conde Caprara, conservadas en los archivos de Viena, y recopiladas por Hammer, son páginas históricas que se parecen á los poemas orientales.

« En primer lugar la sala del divan, sostenida por

ocho columnas, dispuesta en forma de pabellon, colgada de terciopelo, y adornada con vasos de flores de los que pendian franjas de oro y plata; por todas partes brillaban en letras doradas, inscripciones árabes, persas y turcas. La sala de audiencia descansaba sobre tres pilares; en el centro, se veía un estrado cubierto con ricos tapices de Persia, sobre él se alzaba el trono con sus columnitas y sus cogines de seda. En fin, el dormitorio, que tenia la forma de una bomba, estaba revestido en lo interior de damasco escarlata, y exteriormente de paño encarnado; la cama, hecha con pieles de marta, estaba coronada con una cúpula de alemanisco de oro; la sobrecama y los colchones eran de terciopelo azul bordado suntuosamente; el pavimento estaba cubierto con alfombras de pelo de camello. Delante de esta habitacion velaba el silidhar. Estos tres apartamentos y el koeschk de la justicia se hallaban cerrados por un tabique de lienzo fuerte, semejante á la pared antigua de una fortaleza, que imitaba bastante bien las almenas con sus sesgos y cortaduras. En un radio de un cuarto de milla, se alzaban las treinta tiendas destinadas á los pajes, al personal de las cocinas y de las caballerizas.

« Al salir el sol, el bajá, cuartel-maestre, abrió la marcha con dos colas de caballo, precediendo á ocho

mil genízaros, que marchaban de dos en fondo. Los oficiales (portadores de agua) de esta milicia iban á caballo, y detrás de cada compañía iba el capitán (maestre cocinero), cuya proximidad era anunciada por el ruido de cadenas y de cucharas de plata. Los coroneles á caballo, cubiertos con brillantes armaduras, traían sobre su turbante un penacho de plumas de garza real en forma de media luna; iban armados con un arco y una aljaba; cada uno de ellos llevaba detrás de sí su repostero y su porta-fusil, dos ayudantes bien necesarios en campaña. Seguía á estos el aga de los genízaros con dos colas de caballo y tres banderas de seda, con cincuenta voluntarios que llevaban sobre los hombros pieles de leopardo; precedían á veinte pajes de edad de veinte á veinticuatro años, armados con cotas de malla, cascos relucientes, y vestidos de seda encarnada, con carcajes adornados de ricas bordaduras á la espalda; en sus manos tenían lanzas de bambús; otros cincuenta iban armados con fusiles; cuatro porta-estandartes tenían banderas blancas, verdes, rojas y amarillas. Treinta músicos, entre los cuales había seis flautistas, seis tambores, y cuatro timbaleros, marchaban á caballo. Venían en seguida los del arsenal, los remeros del capitán-bajá, y veinticuatro aguadores, mil artilleros, divididos en cuatro destacamentos,

que llevaban treinta cañones de madera pintada. Iba en pos de estos el topdji-baschi (general de artillería), rodeado de cincuenta ayudantes, con tres banderas, dos rojas y una verde; agas y pajes del caimakan Ibrahim-bajá, armados de lanzas, de flechas, aljabas y cascos; cuarenta aposentadores feudatarios, acompañados por veinte lanceros de á pié cada uno, ocho ginetes con armas preciosas y caballos del diestro; cuarenta camareros con turbantes de ceremonia, y caftanes blancos, llevando cada uno detrás de sí cuarenta pajes con escudos, lanzas, flechas y arcos, montados en caballos ricamente armados.

« Véase despues la córte del visir favorito, cuarenta agas, con pieles de marta, montados en caballos cubiertos con magníficos arreos, sus piés se apoyaban en estribos de plata, y las riendas que empuñaban eran del mismo metal; seguíanlos caballos del diestro y treinta pajes lujosamente equipados. El kiaya del favorito avanzaba con dos colas de caballo, izadas en dos palos encarnados y azules, siete caballos de mano, el escudo colgado en la silla, la maza de armas y el sable pendientes en los costados, todos ricamente empenachados y conducidos por palafraneros. Desfilaron luego los miembros de la cancillería de Estado, los dos relatores, el canciller de Estado, el secretario de la tesorería, con veinti-

siete músicos; cincuenta voluntarios con gorros encarnados con alas de diferentes pájaros; su aspecto era muy singular : llevaban pieles zibelinas y lanzas con bellotas de seda verdes, amarillas y blancas; otros llamados los valerosos, iban vestidos de tafetan carmesí, y de pieles de leopordo, semejantes á los precedentes con la diferencia de que sus gorros eran verdes. Iban en pos de estos cincuenta voluntarios con kalpaks á la húngara; adornados con una piel ancha de marta.

«La casa del gran visir llegaba detrás, la mas brillante y la mas numerosa que se habia visto hasta aquel dia. Figuraban en ella ciento setenta arcabuceros á caballo, con carabinas, sables y escudos; veinticuatro pajes, doscientos aposentadores, doscientos agas muy beneméritos, título de los Orozanges, que eran dignatarios pertenecientes á la córte de los antiguos reyes de Persia; cuarenta agas del gran visir, con treinta pajes cada uno con lanzas de bambú; cuarenta pajes del gran visir vestidos de color de limon, aljabas iguales bordadas de oro, riendas y estribos de plata; otros doscientos pajes distribuidos en seis pelotones, distinguidos por un color diverso y seguidos por ciento veinte palafraneros; el sobrino del gran visir y el visir-gobernador de Mossul con sus reposteros y portafusiles, el primero con ciento

cincuenta pajes, cincuenta agas del tesoro de Kara-Mustafá, que llevaban las aljabas bordadas de oro y tres estandartes; el kiaya ó ministro del interior, escoltado por doce chiaux; en fin, los músicos del gran visir.

«A este cortejo le sucedian el capitán de la ronda y el preboste, que hacian plaza para el sultan. Setenta candidatos de arrendamientos, setenta y siete tschauschs con sus enormes turbantes y sus bastones plateados, y veintidos aposentadores precedian á los juriconsultos, á los mollar y á los muderris; estos últimos iban delante de cuatro monteros, y del montero mayor de las cazas delalcon, el gavilan y el milano. El príncipe del estandarte, llevaba el gran estandarte verde del Profeta, en medio de los dervises, khalwatis, djelwetis, mewlewis y rufayis, que llenaban el aire con sus aclamaciones. Detrás venian ciento cincuenta emires, descendientes del Profeta, con turbantes verdes, guiados por su jefe, elegido de la nobleza; doce scheiks, predicadores vestidos con el tegido del pelo de camello; ciento cincuenta tschauschs, delante de los cuatro estandartes que precedian á los dos magistrados de mayor dignidad, el juez de Constantinopla y el juez mayor de Europa y de Asia, fáciles de distinguir por sus enormes turbantes. A derecha é izquierda iban el visir favorito y

el visir caimakan, con cuarenta sirvientes á pié, cubiertos con pieles de leopardo y armados con bastones de estoque (prandistocco); los dos visires llevaban turbantes de ceremonia, que circundaba un galon ancho como un rio dorado en un mar de plata. El gran visir, vestido con pieles de escarlata forrada de marta se adelantaba sobre un caballo ricamente enjaezado y cubierto con una soberbia armadura; sus riendas y sus espuelas eran de plata dorada; veinticuatro servidores lo seguian á pié con trajes de terciopelo encarnado y cinturones de escamilla de oro; á poca distancia marchaba el presidente de las cámaras, el coronel de los genizaros y el capitan de la guardia personal del gran visir; á la izquierda de este último se veia al mufti, vestido con pieles blancas y un enorme turbante en la cabeza; detrás de él iban los tenientes generales de los genizaros, de los cuales, uno era al mismo tiempo guarda de los dogos del sultan, lo que atestiguaban treinta y tres cubiertas de Damasco bordado de oro, pertenecientes á estos animales, que iban en pos de él. Cuatro ginetes llevaban en la grupa cuatro gatos-leopardos adiestrados para la caza (gatti pardi); sesenta y cuatro lanceros de la guardia los seguian de dos en dos, con gorros de plumas doradas y plateadas, con cinturones preciosos, y borceguies encarnados. De la misma

suerte venian en seguida cuatrocientos arqueros de la guardia con plumeros en forma de media luna, semejantes á los de los coroneles de los genizaros; los palafreneros del serrallo conducian igualmente veinticuatro caballos de mano con caparazones dorados, sillas, escudos y armas igualmente doradas, con esmeraldas, rubies, turquesas y perlas; dos camellos consagrados que llevaban, el uno el Coran, y el otro un fragmento de la cubierta de la Kaaba.

« Al fin apareció el sultan, con una túnica de Damasco blanco sujeta por el pecho con una docena de broches de diamantes, y guarnecida por detrás hasta abajo de zibelina negra; en su turbante de pequeña dimension brillaban tres penachos enriquecidos con diamantes. Por una parte, el khassekiaga y por la otra el solakbaschi tenian los extremos de su vestimenta. Cincuenta lanceros y cincuenta arqueros de los guardias de corps lo rodeaban; de suerte que en medio de aquellos cascos que reflejaban los rayos del sol, y de las ondeantes plumas, su rostro brillaba ó desaparecia en la auréola de luz que lo circundaba. Detrás del sultan iba el príncipe hereditario, de edad de diez y ocho años, vestido con una túnica verde ó de piel de lince, muy sencilla, y seguido por solos dos criados á pié. La modestia de este séquito tenia por objeto no despertar los celos del sultan. El prin-

cipe llevaba detrás cuarenta pajes de la cámara interior, vestidos con las insignias de su cargo, al silihdar, al dulbenddar y al tschokadar, que llevaban el sable, el turbante y el manto del sultan; luego iban los pajes de las otras tres cámaras con los eunuocos blancos, y los baltadjis del serrallo. Cerraban la marcha seis coches de á seis caballos, un carruaje de ceremonia y otros catorce tirados por búfalos; por último mil quinientos spahis y silihdares armados con lanzas de bambú y banderolas, semejantes á las de los ulanos.

« El sultan organizó en el curso del mes en Tschaldjé y en Yapagdji una gran cacería, parecida á la que habia tenido lugar en Constantinopla ántes de su partida. A este efecto, treinta mil individuos, traídos de todas partes como rebaños fueron destinados á recorrer el campo para levantar la caza; proveyóse á su subsistencia con una contribucion de ciento cincuenta mil escudos, impuesta al territorio comprendido entre Galípolis y Filopópolis. Pocas fueron las reses matadas en aquella batida, pero en cambio murieron de fatiga muchos cazadores. Aquella cacería fué tanto mas mortífera cuanto que se habia requerido, para que tomaran parte en ella, á todos los pobres rajas de Belgrado. Viendo el sultan los cadáveres dijo á los de su séquito: « Indudablemente me

« habrán maldecido, y por eso han recibido el castigo de antemano.»

« El 15 de enero de 1683, se plantaron las tiendas del sultan á media legua de la ciudad, en la pradera de Tschukurtschairi; todas eran nuevas y sobrepujaban en magnificencia y valor á las que hemos descrito. Pero lo mas lujoso fueron los preparativos de guerra, que oscurecieron todo lo que se habia visto hasta entónces en el imperio otomano, gracias á la ostentacion y á la vanidad del gran visir y á la parcialidad del sultan por el haren, mas numeroso que nunca en aquella campaña. Hasta los soldados dijeron murmurando que el ejército de las mujeres igualaba al de los hombres; que el sultan Amurat IV no llevaba á la guerra mas que una mujer y dos pajes, al paso que entónces las carrozas del haren subian á ciento. La de la sultana Khasseki estaba montada en plata con ruedas guarnecidas del mismo metal; las sillas y los arneses de los caballos que las tiraban eran de terciopelo. Los carros y los caballos del gran visir eran tambien muy lujosos y recordaban la suntuosidad que ostentaban en la guerra los reyes de Persia, como Dario y Jerjes. En seguida desfilaron los gremios de Constantinopla que habian recibido la órden de presentarse en Andrinópolis en pos del ejército para que no careciese de nada; los bufones y los ti-

tiriteros amenizaron la marcha de estas corporaciones. Al día siguiente, diez mil genízaros fueron revistados, y el sultan salió en seguida del serrallo para entrar en la tienda (18 de marzo de 1683). En aquella circunstancia se levantó tal huracán, que el turbante de Mahomet cayó al suelo, siendo considerado aquello como un funesto presagio.

« El 31 de marzo, día en que había sido concluida la alianza ofensiva y defensiva del emperador Leopoldo y del rey de Polonia, el campamento de los genízaros fué levantado, y al día siguiente salió el sultan de Andrinópolis. El internuncio imperial Caprara siguió al ejército con todo su acompañamiento, cuya guardia se hallaba confiada á los genízaros; por lo demás, se siguió tratándolo honrosamente.

« La cola del caballo, entregada al cuartel-maestre, precedía al ejército otomano. Los pueblos que se atravesaban estaban obligados á suministrar forraje, paja, cebada y estacas para armar las tiendas. Los centinelas impedían la fuga de los habitantes hasta que pasaba el sultan, pero despues quedaban en libertad de incendiar sus casas y de retirarse á las montañas para evitar los vejámenes de las tropas asiáticas que seguían á Mahomet IV. Delante del ejército marchaba un rebaño de carneros de los que se mataba diariamente cierto número para distribuir raciones al día

siguiente por la mañana. El itinerario lo indicaban montoncillos de tierra puestos de trecho en trecho; dos situados frente por frente indicaban el paso del sultan; uno solo el del gran visir. Delante de las acémilas que llevaban los bagajes se oían las campanillas del caballo que llevaba las calderas. En las villas y aldeas tocaban la música; los poetas de los genízaros (cada regimiento tenía cierto número de cantores), cantaban versos picantes ú obscenos, mientras se manteaba á los merodeadores. Por la noche estrepitosas aclamaciones llamaban á todo el mundo á la oracion comun que terminaba con votos dirigidos al cielo por la felicidad del padischah y los gritos de ¡*uh!* y de ¡*Alá!*»

XI

Mahomet IV se detuvo en Belgrado; recibió allí los homenajes y los tributos de los enviados de Tekeli y de la república aliada de Ragusa; entregó al gran visir el estandarte verde del Profeta, un caballo de batalla, un sable, una pelliza, un penacho de garza real, signo de omnipotencia durante la campaña. El

mismo Tekeli, seguido de ciento veinte caballeros húngaros, de ciento cincuenta húsares fué á ofrecer su corona al sultan. Estaba vestido con el lujo militar que los húngaros copiaban de los tártaros y de los asiáticos. Seis jeduques á pié, vestidos con pieles de tigre, lo precedían; sobre su cabeza flotaba el estandarte verde de Hungría, partido en dos pedazos, imágen de la patria dividida en dos naciones adversas, un enjambre de jeduques y de ginetes caracoleaban al rededor de su nuevo rey; él mismo con un capotillo de marta y relucientes armas, llevaba las insignias de la soberanía que habia conquistado con la punta de su espada. Kara-Mustafá lo recibió como á un rey, y dejando al sultan en Belgrado, avanzó siguiendo los pasos de Tekeli á través de la Hungría. Mitad por patriotismo, mitad por terror, cedió todo á este diluvio de otomanos. La presencia de Tekeli y de los magnates de su partido sofocaba el grito de la nacionalidad ultrajada.

El ejército austriaco fué rechazado por los turcos hasta Raab. Esta fortaleza que era menester tomar irritaba á Kara-Mustafá, impaciente por herir al imperio austriaco en el corazón, marchando sobre Viena. Celebró un consejo de guerra á la vista de Raab para decidir de la direccion de la campaña. El viejo guerrero Ibrahim, vencedor de los polacos y de los rusos,

le representó en vano el peligro de avanzar dejando tras de sí plazas y guarniciones que le cortarian la retirada en una derrota.

« Un rey de Persia, » le dijo Ibrahim para apoyar su consejo con un símbolo, « mandó poner un tesoro encerrado en una bolsa sobre un ancho tapiz, y llamo á sus cortesanos lo ofreció al que hallase el medio de coger la bolsa sin pisar la alfombra. La munificencia del rey parecia ilusoria, cuando uno de los asistentes, plegando y enrollando la alfombra por las puntas, llegó á coger así la bolsa sin pisar el tapiz! — Sigue ese ejemplo, visir, » añade Ibrahim, « y pliega el Austria pieza por pieza, ántes de tocar á la capital que no podrá entónces ser defendida por la nacion.

« Viejo chocho, » dijo brutalmente Mustafá, « ¡tú raciocinas con una cabeza debilitada por tus ochenta años! Aquí te quedarás tú como un hombre incapáz de pelear, y te encargarás de suministrar provisiones á mis tropas.

— « Visir, » le respondió con atrevimiento el sabio Hussein, gobernador de Siria, acostumbrado á respetar la sabiduría del anciano por los usos árabes, « no ultrajes así á nuestro padre, porque te da un excelente consejo. »

XII

Los únicos consejeros de Mustafá eran su temeridad y su ignorancia. Dejó á Ibrahim de reserva con un puñado de tártaros, para asegurar los convoyes, pasó el Leitha, tomó las fortalezas, dispersó por la segunda vez el débil ejército de Leopoldo al otro lado del Pesth, le mató quinientos de sus mas valientes ginetes, é hirió mortalmente al príncipe Luis de Saboya, voluntario en el ejército de los imperiales. Los dos mejores generales de Leopoldo, Caprara y Montecuculi, desiguales por el número á los otomanos, se pusieron al abrigo de las murallas de Viena, sembrando con sus narraciones el terror de los turcos, cuyas inmensas columnas se parecian á la emigracion de un pueblo mas bien que á un ejército. El tímido Leopoldo aumentó este terror alejándose de su capital con su familia, la córte y su fortuna, buscando para su seguridad un asilo en los Alpes de Estiria. La llama de las ciudades y de los pueblos, la multitud de gentes, mujeres, rebaños, huyendo de sus hoga-

res incendiados y llenando los aires con sus gemidos, precedian á los turcos.

Al levantarse el sol del dia 14 de julio de 1683, los tártaros, vanguardia de Kara-Mustafá, se presentaron á la vista de los consternados habitantes de la capital. La matanza por los tártaros de tres mil quinientos personas suplicantes, encerradas en una torre, que salian bajo la fé de una capitulacion precedidas por una hermosa jóven coronada de flores que presentaba las llaves de la torre, hizo resonar hasta Viena el grito de las víctimas y la alegría feroz de los sacrificadores. Desde lo alto de las murallas se vió un convoy de cuarenta mil esclavos llevados como rebaños delante de los caballos de los tártaros, surcando con sus filas lúgubres los caminos de Estiria. El conde de Stahremberg, gobernador de Viena, resuelto á sepultarse con su guarnicion de diez mil hombres entre los escombros de la capital, respondió á la primera intimacion de Kara-Mustafá quemando él mismo los arabales de Viena. Los turcos sorprendidos con aquel suceso, comprendieron que una ciudad que se rodeaba con un muro de fuego y humo estaba decidida á sacrificarse por la religion y por la patria.

XIII

Mientras que Viena desaparecía entre el humo de la vista de los turcos, el duque de Lorena, generalísimo de las tropas alemanas, salía de la ciudad á la cabeza de treinta mil hombres de caballería austriaca, croata y polaca, y atravesando el Danubio, iba en busca de los refuerzos que la Alemania y la Polonia le prometían, para volver á socorrer á Viena. El Danubio en el que el duque de Lorena arrojó sus puentes despues de su paso, salvó aquel núcleo de ejército. A falta de regimientos, Viena se levantó y se armó toda entera; obreros, estudiantes, jóvenes, ancianos, todos se hicieron soldados. Quitóse el badajo de la enorme campana de la torre de San Esteban, catedral y sepulcro imperial, para que su toque no anunciase á los turcos los movimientos de la ciudad. Campanillas, tocadas por muchachos en las calles, sirvieron para llamar á sus faenas á la enmudecida población. A su toque, los soldados, los paisanos, los estudiantes debían acudir á los puestos, de antemano señalados.

Durante estos preparativos, los trescientos mil turcos, tártaros y húngaros, completando el cerco de la ciudad, y restableciendo los puentes de barcas sobre el Danubio, levantaban sus tiendas y abrían sus trincheras en una vasta circunvalación que encerraba al río en sus líneas. El griego Cantacuzeno, príncipe de Valaquia, apellidado por los turcos Scheitanoghli, *hijo de Satanás*, había formado sus líneas y montado sus baterías sobre una eminencia arbolada, separada de sus aliados los turcos, cerca de Hetzendorf, al borde de una selva, cuyos árboles cortó para construir los puentes del Danubio. Este enemigo implacable de los cristianos había fijado una cruz de piedra de diez toesas de elevación sobre un altar, en que hacía celebrar la misa por sus sacerdotes á la vista de la media luna de sus señores; seductor pérfido de la esposa de su predecesor en el trono de Valaquia, elevado á la soberanía por la astucia, la adulación, y la versatilidad, las armas de este griego aterraban á los habitantes de Viena. Contrastando su piedad con la causa que servía, y con sus crímenes, el nombre de Scheitanoghli, descendiente de los emperadores bizantinos Cantacuzenos, fué el símbolo de la apostasía.